

EL ANGUSTIOSO Y PAULATINO EMPOBRECIMIENTO DE NUESTRAS ISLAS

Una cifra, un poco lanzada al azar por una persona muy vinculada a nuestros medios financieros, ha desvelado de pronto, con luz cegadora, la cruda y desnuda realidad de nuestra situación económica: las empresas canarias se hallan en deudas actualmente por una suma que ronda, quizás exceda, los treinta mil millones de pesetas. Su simple enunciado es aterrador; su magnitud relativa se acentúa cuando se piensa que es incluso superior a la masa total del ahorro canario que acogen las tres grandes Cajas del archipiélago. Pero es que, además, tras esa apocalíptica danza de millones subyace, mejor diría, se agita casi con espasmos y estertores de moribundo azogado, el cuerpo entero de nuestro pequeño comercio, de nuestra pequeña y mediana industria, de la considerable masa de agricultores esquilados por los largos años de la sequía, de los modestos rentistas que invirtieron sus laboriosos ahorros, al señuelo apetitoso montado con portavoz oficial y estatal, en construir apartamentos turísticos que no son residencias secundarias e indiciarias de riqueza, sino una especie de refugio seguro contra contingencias futuras imprevisibles y contra la bien previsible degradación del dinero. Todo este nutrido cuerpo social, en el que se aglutinan gentes de toda clase y toda procedencia, y que son sin duda abrumadora mayoría en nuestra población, no solo sufre el endeudamiento sino sus progresivas y dramáticas consecuencias: impago de obligaciones, protestas, ejecuciones, gastos judiciales desorbitados, intereses que lindan ya en lo usurario y que engordan su caudal como torrentes represados, incapacidad de acción, estancamiento, cuando no caída vertical de los negocios, quiebras y suspensiones virtuales que no se declaran por respeto humano y por miedo pavoroso a costas y expensas; en suma, angustia generalizada que en vano tratan de ocultar signos explosivos y esporádicos de actividad, como fue, por ejemplo, el inesperado auge de las ventas navideñas que un sociólogo pers-



Treinta mil millones de endeudamiento

picaz no tendría gran dificultad en analizar y diagnosticar acertadamente. Si un estudiante contemporáneo, al modo del famoso protagonista de "El Diablo Cojuelo", de Vélez de Guevara, que durante un viaje aéreo echa una ojeada a la vida de palacios y barrios bajos, pudiera ahora, con ayuda de un radar, de microondas, de cualquier de esos chismes electrónicos que traspasan muros, nubes y océanos, penetrar bajo los techos de muchos miles de hogares canarios, saldría de la experiencia, no digamos que horrorizado, pero sí hondamente conturbado. La desazón y la congoja se ocultan externamente bajo siete llaves, pero en la intimidad de la vida cotidiana toman formas muy diversas, todas inquietantes, y no es la menos desconsoladora esa sub-especie de xenofobia, que llamaríamos godofobia, que sinuosamente va alcanzando cada vez a mayor número de espíritus.

Ello se explica porque el pueblo tiene una oscura conciencia de que gran parte de nuestros males se originan en el secular desamparo en que han vivido nuestras islas, en la insuficiencia o cortedad o tardanza de los remedios que se habilitan, en el des-

conocimiento de nuestras peculiaridades, en el repetido incumplimiento de promesas solemnes, en la carencia de cauces libres y democráticos para expresar nuestro descontento, nuestros anhelos o nuestras protestas, en el estado de marginación en que se nos ha tenido de la vida nacional en inversiones industriales, infraestructurales, de equipos colectivos, en la realización de los planes de desarrollo, etc. Los irreflexivos promotores del utópico independentismo alegan que nos han tratado como a una colonia. Desde el punto de vista humano, racista, de convivencia y relación, de maridaje y fusión, de endogamia biológica, esto es falso, inadecuado, a todas luces ofensivo para unos y otros. Mas, desde una perspectiva económica, yo me atrevería a decir que el trato ha sido peor. Aquí no se han invertido, sobre todo a partir de los años cruciales de nuestro súbito estirón físico y demográfico, las ingentes sumas que se han derramado a voleo en Ifni, en Guinea, y más cercanamente en el Sahara. Tratamos ahora de valorizar nuestras inversiones en estos territorios que fueron fugitiva y vergonzante provincia y

serán duradero y remordiente escozor en nuestra historia. Tan sólo las instalaciones civiles suman más de 15.000 millones de pesetas. Es de suponer que las militares alcancen, por lo menos, otro tanto. Entre los dos conceptos añadirán quizás más de 30.000 millones, por curioso azar cifra semejante a la del endeudamiento bancario de las islas. Esperemos que el impávido Hassan no nos pague con la misma moneda que el guineano Macías. Pero, en verdad, ¿no clama al cielo que se hayan gastado, y no quiero sugerir que despilfarrado, tantos miles de millones cuando a nosotros, solo a los de Gran Canaria, han estado haciéndonos pagar con dilaciones, con esquivaces, con argucias legalistas, hasta con humillaciones, la concesión de una nueva potabilizadora en una isla donde si todos nos bañamos no podemos ni regar las lechugas?

Y todo esto nos ha ido alejando, no del tema justificador de este artículo, que sigue siendo su tuétano, sino de considerar también con igual sinceridad, precisión y crudeza, -otro día lo haremos- los paliativos urgentísimos que requieren nuestras muchas dolencias y de las cuales este pavoroso endeudamiento no es más que la sobreflor, la sobrefaz, la nata pútrida que aflora incontenible. Y hablo de paliativos y no de remedios. Los remedios tienen que ser drásticos; más que depurativos, purgativos, estructurales, profundos. Todavía, a pesar de engañosas apariencias, no está el horno para bollos, ni están la temperatura política, ni la ecología o el bioma del sistema, donde han proliferado innumerables parásitos, extrañas simbiosis de intereses, para la sistemática tala, la honda remoción de tierras labrantías y de eriales que exigirían las nuevas cosechas demandadas por nuestras perentorias necesidades y, en plano de valores absolutos, por equidad, por justicia y hasta por patriotismo, el ajeno tibio y el nuestro bien probado.

JUAN RODRIGUEZ DORESTE

KNUT BERTROM, Embajador de Suecia:

«Mi país tiene aún varias fronteras que alcanzar»

El señor Knut Bertrom, embajador de Suecia en Madrid, estuvo recientemente en Las Palmas de Gran Canaria, en donde asistió a la representación de "Escrito sobre madera", obra del gran director de cine y teatro sueco Ingmar Bergman, que inspiró el film "El Séptimo Sello". La representación estuvo a cargo del grupo de teatro "Pérez Galdós", que dirige Henriette Guermant de la Berg, ex-cantante que fuera primera belcantista en el Teatro Real de Estocolmo. El señor Bertrom, que habla un español excelente, estuvo también presente en el homenaje íntimo que se rindió al antiguo cónsul de dicho país en Las Palmas, señor Ley Gracia.

La visita del embajador sueco suscitó, además de la proyección cultural que entrañaba, un concreto interés: los periodistas le preguntaron particularmente acerca del boicot turístico de los sindicatos suecos a España, que ha tenido una notable repercusión en Canarias, y especialmente en la isla de Gran Canaria. Sin duda, esta temporada se ha observado un evidente descenso en el número de turistas de dicho país que tradicionalmente nos visitan. Concretamente, en 1975, el número de turistas suecos en esta provincia fue de 124.000, cifra ostensiblemente inferior a la de 1974, que superó los ciento cincuenta mil. Tal descenso fue determinado por la disminución habida en los meses de octubre, noviembre y diciembre últimos, la cual se ha prolongado también en lo que va de año.

En ocasión de tal visita tuvimos ocasión de entrevistar al señor Bertrom. En la entrevista no quisimos insistir en el asunto



del boicot turístico, pero sí aprovechamos la ocasión para recibir su opinión sobre un tema referente a las relaciones entre el turismo sueco y la población local.

En un elevado porcentaje el turista que viene a las islas busca solamente los alicientes naturales (sol, playas, etc) y no profundiza en la relación con otros elementos como por ejemplo un paisaje distinto al de las rutas turísticas, la etnografía local, las costumbres, etc. Al mismo tiempo, aunque el turismo nórdico ha tenido una visible influencia en nuevos usos y planteamientos de la población local, quedan fuera de su posible aportación corrientes de ideas y de planteamientos